

triste experiencia. No necesito repetir que lo hago por él mismo. ¿Lo necesito acaso?

Luisa iba á contestar; pero también esta vez guardó silencio.

—Para confesar á V. francamente lo que me ha ocurrido (continuó Jaime, recobrando otra vez su tono ligero, y siempre con cierto embarazo fingido), diré en confianza que creo que tiene por qué quejarse de la educación que ha recibido. Me parece, perdone V. mi sinceridad, que no ha debido haber nunca mucha confianza entre él y su digno padre.

—No lo creo yo así,—dijo Luisa, ruborizándose al recuerdo que esta observación le despertaba.

—Ó entre él y.... (estoy seguro de que interpretará V. favorablemente mi pensamiento), y su muy estimable cuñado.

Luisa se sonrojó más y más: sus mejillas estaban ardiendo, y respondió con voz más débil:

—Tampoco eso me parece probable.

—Señora (dijo Harthouse, después de una corta pausa): ¿no ha llegado aún el caso de que pueda haber entre nosotros más confianza? V. le ha dado á Tomás sumas considerables.

—Ya comprende V., Sr. Harthouse (respondió Luisa, después de vacilar un instante, pues aunque indecisa y turbada desde el principio de la conversación, no había perdido el imperio que

tenía sobre sí misma); ya comprende V. que si contesto á las preguntas con que me acosa, no es para quejarme ni para expresar un sentimiento. Toda queja sería inútil; lo que hago una vez, no lo siento en mi vida.

—Y menos una mujer de corazón como el tuyo,—pensó Harthouse.

—Al casarme, observé que mi hermano tenía muchas deudas, muchísimas, para un joven de su posición; bastantes, en fin, para obligarme á vender algunas alhajas. Esto no era un sacrificio. Las vendí con mucho gusto. No tenían in algún valor á mis ojos.

Fuera que hubiese leído en la mirada de Harthouse que estaba adivinando su corazón, ó fuese que su conciencia le hiciera temer que aquel hombre comprendiese que se refería á algunos regalos hechos por su marido, Luisa se detuvo, y volvió á sonrojarse. Si Harthouse no lo había adivinado todo desde el principio, aquel sonrojo inesperado hubiera sido suficiente para advertir al menos malicioso.

—Después, en diversas épocas, he dado á mi hermano todo el dinero de que he podido disponer. Creo en el interés que á V. le inspira, y no quiero hacerle confianzas á medias. Desde que V. tiene la costumbre de venir á esta casa, Tomás ha necesitado dos ó tres mil francos en diversas ocasiones. No he podido darle tan gran-

de cantidad, y, naturalmente, he temido las consecuencias probables de esta necesidad de dinero; pero he guardado muy bien el secreto hasta hoy, y espero que V. me dará palabra de hacer otro tanto. No he participado mis temores á nadie, porque.... Pero V. me ha comprendido.

Luísa se detuvo bruscamente.

Como hombre siempre dispuesto á aprovecharse de cualquier ventaja, vió y aprovechó la ocasión de presentar á Luísa su propia imagen, ligeramente velada por el retrato de su hermano.

—Señora (dijo): aunque no valgo gran cosa y no busco en el mundo más que placeres, me ha interesado lo que acaba V. de decirme. No puedo ser severo con Tomás. Comprendo y comparto la prudente indulgencia con que juzga V. sus extravíos. Sin querer por esto faltar al respeto que debo á Mr. Gradgrind y á Mr. Bounderby, reconozco que la educación de Tomás no ha sido muy afortunada. Educado de tal manera, que no puede luchar ventajosamente con el mundo, en donde tiene que representar un papel, el primer uso que ha hecho de su libertad ha sido precipitarse en el exceso. Tal es el resultado inevitable de un sistema demasiado rígido. La noble rudeza y la independencia de todo punto británica de Mr. Bounderby, á pesar de su originalidad encantadora, no son cualidades muy á propósito para inspirar confianza. Creo que estare-

mos de acuerdo en este punto. Y si añado que le falta siquiera un poco de esa delicadeza necesaria para dar consuelos á un corazón desconocido, á un carácter que no se comprende y á un talento mal cultivado, comprenderá V. cuál es mi punto de vista en esta cuestión.

Harthouse leyó en el semblante de Luísa que se aplicaba á sí propia las palabras que acababa de pronunciar.

—Estamos, pues, en el caso (añadió), de ser indulgentes. Sin embargo, Tomás tiene un defecto que no le perdono, y por el cual le censuro con toda severidad.

Luísa le miró frente á frente, y le preguntó cuál era aquel defecto.

—Acaso (continuó) no debería añadir una sola palabra. Acaso, en suma, hubiera valido más no dejar que se desvaneciese esta ilusión.

—Me pone V. en cuidado.... Dígame V. á qué alude.

—Á fin de no causar á V. una inquietud sin objeto, y puesto que esta confianza relativa á Tomás quedará entre los dos, me decido á obedecer. No puedo perdonarle que no se muestre más sensible en sus palabras, en sus miradas y en sus acciones, á la ternura, á la abnegación de su mejor amiga, al desinterés que le manifiesta y á los sacrificios que se impone por él. La gratitud que él siente hacia V. me parece

muy ligera. Lo que V. ha hecho por él, merece un amor, un agradecimiento de todos los instantes, y no una indiferencia continua. Aunque yo me cuido de muy pocas cosas, no puedo ser indiferente, señora, para con este defecto de Tomás, y no debo colocar su pecado en la categoría de los veniales.

El bosque flotó ante los ojos de Luisa, que los tenía inundados de lágrimas. Lágrimas que brotaban de una fuente profunda, largo tiempo escondida, y su corazón estaba lacerado por un dolor agudo que las lágrimas no podían aliviar.

—En una palabra, señora: todos mis esfuerzos deben encaminarse á corregir á Tomás de ese defecto. Mi conocimiento más maduro de los negocios, y mis consejos acerca de los medios de que puede valerse para salir de apuros, me darán sobre él cierta influencia, de la cual me aprovecharé para conseguir el objeto que me propongo. Ya he dicho bastante, y acaso demasiado. Allá abajo, entre los árboles (añadió, después de levantar los ojos y mirar á su alrededor), estoy viendo á Tomás; sin duda ha llegado en este instante. Me parece que viene hacia aquí, y creo muy oportuno que le salgamos al encuentro. Quizá le corroen los remordimientos de su conciencia fraternal, si es que hay conciencia, porque, á fe mía que oigo hablar de ella con demasiada frecuencia para creer que existe.

Ayudó á levantarse á Luisa, y le ofreció el brazo: los dos salieron al encuentro de Tomás, que adelantaba con paso indolente. Se estremeció al ver á su hermana y á su amigo, y mudó de color.

—¡Calle! (murmuró): no sabía que estaban Vds. aquí.

—¿Se entretenía V. quitando el musgo á los árboles con el bastón? ¿Qué nombre quería V. grabar en la corteza?—le preguntó Harthouse, tocándole afectuosamente en el hombro, y haciéndole dar media vuelta en dirección á la casa.

—¿Qué nombre?... (respondió Tomás.) ¡Ya! Querrá V. decir qué nombre de mujer.

—Hay sospechas vehementes de que ha grabado V. en la corteza de los fresnos el nombre de una hermosura encantadora.

—Yo no me cuido de esas cosas, señor Harthouse, mientras una encantadora hermosura que tenga la libre disposición de un dote decente no se tome el trabajo de pensar en mí. Me importa poco que sea tan fea como rica, con tal de que tenga esta cualidad en grado superlativo: si la tiene, por poco que la haya favorecido la naturaleza, no tema perder su conquista; grabaré su nombre tantas veces cuantas quiera en las cortezas de los árboles.

—¡Diablo! Tomás, tiene V. sentimientos en extremo mercenarios.

—¡Mercenarios! (repitió Tomás.) ¿Quién no es mercenario en este mundo? Pregúntelo V. á mi hermana.

—¿Has averiguado que ese sea uno de mis defectos?—preguntó Luisa, sin quejarse de otro modo del descontento ó del mal humor de su hermano.

—Nadie puede contestar á esa pregunta mejor que tú: me refiero á ti misma,—dijo Tomás en tono malicioso.

—Hoy viene misántropo Tomás: eso sucede de vez en cuando á las personas que se aburren (dijo Harthouse). No le crea V., señora; está muy lejos de sentir lo que dice, y porque V. conozca sus sentimientos, le explicaré algunas de sus opiniones respecto á V., opiniones que me ha comunicado en particular, si no da al instante una disculpa admisible.

—De todos modos, señor Harthouse (dijo Tomás, calmándose un poco, gracias á la admiración que le inspiraba su amigo, pero moviendo la cabeza con aire de mal humor), no podrá V. decir que yo haya alabado el que ella se manifieste mercenaria. Podría alabarla en opuesto sentido, y lo haría si tuviera razón; pero esta es cuestión que á todos nos importa muy poco, y yo no quiero quebraderos de cabeza.

Llegaron á la casa, y Luisa soltó el brazo de Harthouse para entrar en su habitación. Har-

thouse la siguió con los ojos mientras subía la escalera, hasta que desapareció en el fondo oscuro de la estancia; después, volviéndose á Tomás, le puso cariñosamente la mano en el hombro, y le invitó á dar un paseo por el jardín.

—Tomás, amigo mío: tenemos que hablar dos palabras.

Se habían parado en medio de un bosquecillo de rosas muy mal cuidado. La humildad de Bounderby no aspiraba á tener las rosas de Nickits, y Tomás se sentó en el parapeto de un terrado, cogiendo capullos y deshojándolos por pasatiempo, en tanto que su demonio familiar le dominaba, teniendo un pié en el parapeto y el cuerpo apoyado con gracia sobre el brazo con que sostenía la levantada rodilla. Se les podía distinguir desde la ventana de Luisa. Quizá ésta los veía.

—¿Qué tiene V., Tomás?

—¡Ay, señor Harthouse! (dijo Tomás, lanzando un suspiro); me muero de aburrimiento.

—Y yo también, amigo mío.

—¡V.! (replicó Tomás.) ¡V., que es un modelo de indiferencia! Yo vivo en un estado insoportable. No puede V. tener una idea de las complicaciones que me he creado.... Cuando pienso que con sólo quererlo mi hermana podría sacarme de ellas....

Se puso á morder los capullos y á arrancarles

las hojas con los dientes: sus manos temblaban como las de un anciano paralítico.

Después de haber fijado en él una mirada observadora, su compañero continuó con estudiado abandono:

—Tomás, no es V. razonable, sino, por el contrario, muy exigente con su hermana. Repetidas veces le ha dado á V. dinero, lo cual es una prueba de cariño; bien lo sabe V.

—Sí, señor, convengo en ello. ¿En qué otra parte podía buscarlo? El viejo Bounderby se jacta de continuo de que á mi edad vivía con dos cuartos al mes, ó cosa por el estilo. Mi padre se ha trazado, según dice, una línea de conducta, y me ata de piés y manos desde que tengo uso de libertad. Mi madre no tiene nada que le pertenezca, como no sean sus achaques. ¿En dónde quiere V. que un hombre encuentre dinero? ¿Y á quién quiere V. que se lo pida sino á mi hermana?

Estaba casi llorando, y deshojaba las rosas por docenas. Mr. Harthouse le cogió por la solapa de la levita con ademán consolador.

—Pero, querido Tomás, ¿si Luísa no tiene dinero!

—¿Que no lo tiene? Ni yo pretendo que lo tenga. Posible es que yo necesite más dinero que el que ella pueda tener; pero en ese caso lo debería buscar, lo cual no le sería muy difícil. No

quiero ocultar á V. nada, después de todo lo que le he dicho: ya sabe V. que no se casó con el viejo Bounderby, ni por amor propio, ni por amor que le inspirase, sino por amor á mi. Entonces, ¿por qué el cariño que me profesa no le obliga á hacerle que me dé todo lo que necesito? Nadie la pone en el caso de decir lo que hace de su dinero; bastante talento tiene, y halagando al viejo Bounderby, podría sacarle mucho oro. ¿Por qué no lo halaga, sabiendo que tanto me interesa? Pero no. Siempre está delante de él como una piedra, en vez de hacerse la amable para obtener con facilidad lo que necesite. Yo no sé qué nombre le dará V. á esto; pero digo que su conducta es desnaturalizada.

Había al otro lado del parapeto un estanque grande de agua, y Mr. Jaime Harthouse tuvo intenciones de dar en él un baño á Tomás Gradgrind, hijo, de la misma manera que los manufactureros de Cokeville amenazaban desde el momento en que se creían lastimados en sus intereses con tirar todos sus bienes al Océano Atlántico; pero no abandonó su actitud graciosa, y la balaustrada de piedra no vió caer al otro lado más que los capullos deshojados por Tomás, y que se mantenían nadando en el agua, donde formaban una isla flotante.

—Mi querido Tomás (dijo Harthouse): ¿me permite V. que sea su banquero?

—En nombre del cielo (replicó con viveza Tomás), no me hable V. de banqueros.

Y parecía tan pálido como las rosas.

Mr. Harthouse, como hombre perfectamente educado y acostumbrado á la mejor sociedad, no podía permitirse demostrar extrañeza ni sentimiento; pero levantó los párpados con ligera expresión de sorpresa; y sin embargo, la admiración era cosa tan contraria á los principios de su escuela como á las doctrinas del colegio Gradgrind.

—¿Cuánto necesita V. por el pronto? ¿Se trata de cuatro cifras? Hable V.; diga V. la cantidad.

—Amigo mío (replicó Tomás, que lloraba entonces realmente, y sus lágrimas valían más que sus quejas anteriores, por más que le dieran cierto aire ridículo); ya es muy tarde: ahora no me serviría de nada el dinero. Pero no por eso dejo de agradecer la oferta: es V. un verdadero amigo.

¡Un verdadero amigo!

—¡Qué joven tan imbécil eres!—dijo Harthouse para sí.

—Considero ese ofrecimiento como una gran prueba de amistad (exclamó Tomás, estrechándole la mano); como una gran prueba de amistad, que no olvidaré nunca.

—Pues bien (replicó Jaime); quizás más ade-

lante le sea á V. útil mi afecto. Y si entonces, amigo mío, quiere V. recurrir á mí, cuando esas complicaciones financieras vuelvan á atormentarle, le podré indicar, para salir de la situación, algún medio excelente que á V. no se le ocurrirá nunca.

—Gracias (le dijo Tomás, moviendo la cabeza con aire lúgubre). Quisiera que antes nos hubiéramos conocido.

—Vamos, Tomás (dijo Harthouse, terminando y tirando también á guisa de ofrenda una rosa ó dos á la isla flotante, que se obstinaba en adherirse á la pared, como si hubiese querido incorporarse á la tierra firme); todo lo que hace el hombre es con algún egoísmo, y yo no difiero en nada de los demás mortales. Deseo ardientemente.... (La languidez con que expresó este deseo era de todo punto trópica.) Deseo que no sea V. tan indiferente con su hermana; que se porte V. con ella como un verdadero hermano, complaciente y cariñoso.... Además, en V. es un deber.

—Haré lo que V. desea.

—Ya sabe V., Tomás, que sólo existe el presente: no me hable V. del porvenir, y cambie de conducta al instante.

—Sí, al instante.... Mi hermana Luísa le dará á V. noticias del cambio.

—Ahora que hemos arreglado este convenio

(dijo Harthouse con un acento que permitía á Tomás creer, y lo creyó el pobre necio, que aquella condición se le imponía un buen muchacho, incapaz de abusar de la expansión de su gratitud): ahora separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tomás fué al comedor, su pena no le impidió llegar antes que Bounderby.

—No he querido darte un sentimiento, Luísa (dijo á su hermana, dándole la mano y un beso). Sé que me quieres, y yo te quiero mucho.

Durante toda la tarde se dibujó en el semblante de la joven una sonrisa, que estaba dedicada á otro. ¡Ay! Sí, dedicada á otro.

—Esto prueba que el hermano no es el único ser por quien ella se interesa (pensó Mr. Jaime Harthouse, volviendo á la reflexión que había hecho cuando vió por vez primera aquel rostro). No, no; no es su hermano el único que le interesa.

## CAPÍTULO V.

### Explosión.

La mañana del siguiente día era demasiado hermosa para pasarla en el lecho; así, pues, Jaime Harthouse se levantó muy temprano para ir á sentarse al pié de su ventana, fumando con toda comodidad un cigarro, semejante al que había ejercido tan saludable influencia sobre su joven amigo. Desvaneciéndose todo su ser al calor de los rayos del sol, rodeado del incienso de su pipa oriental, en tanto que el humo perezoso se extendía en la atmósfera, meditaba sobre sus ganancias. Por de pronto, no sabía qué cosa era fastidio; podía, pues, prestar toda atención al cálculo que le ocupaba.

Había entre él y Luísa un secreto, del que estaba excluido el esposo; un secreto que versaba positivamente sobre la indiferencia de Luísa hacia su marido, y sobre la incompatibilidad de carácter que existía desde el principio entre el marido y la mujer. Se había probado hábil; pero claramente conocía su corazón, hasta en los